
EL RETO: RECONSTRUIR LA SOCIEDAD VASCA

Federico Mañero
José María Múgica



8

Podríamos convenir, de inicio, que, en general, para cualquiera, es difícil hablar o escribir sobre Euskadi; para nosotros desde luego lo es. Son muchos los enfoques necesarios para analizar la situación vasca, son muchos también los esquemas y los tópicos de los que hay que huir.

Una sociedad convulsa e irritada como la vasca, se resiste a ser transmitida, en toda su complejidad, desde la frialdad de la letra impresa. Sólo su vivencia directa e intensa, puede aproximarnos al fondo más dramático del problema: el de una sociedad afectada en los aspectos más hondos de su ser, envuelta en una cotidianidad trastornada por la corrosión de la violencia.

Para nosotros, vascos de veinte y pocos años, hablar de Euskadi es, además de difícil, un ejercicio doloroso. Es hablar de la tierra que queremos, de un pueblo que quisiéramos pudiera ser feliz; es recordar infinidad de imágenes, de recuerdos, de sombras, muestras gráficas de una juventud peculiar, que ha sufrido mucho: la nuestra. ¿Cómo borrar el recuerdo de Mikel, de todos esos Mikel, a quien una tar-

de despedimos para siempre; o la angustia de aquel timbrazo que precedía a tu detención; o la noticia de tu amigo, de tu hermano, o del hermano de aquel amigo,

que está en comisaría, en la cárcel, o en el «otro lado»? ¿Cómo se pueden olvidar las lágrimas de tu mejor amigo, cuyo padre —militar retirado— hace años que te escondía en su casa cuando estabas escapado, ha sido asesinado por ETA?

La juventud en Euskadi ha querido ser feliz. Lo hemos sido a pesar de la represión, de las carreras, de las noticias terribles, o de las lágrimas de impotencia, del más hondo desaliento, por no poder hacer nada para parar esta locura.

Hemos buscado y seguimos buscando huecos y momentos en los que amar y ser nosotros. Pero el entorno marca, y las heridas de este tiempo se resienten en las relaciones y en el vivir de cada día.

Euskadi, una sociedad violentada

Un día cualquiera, un niño cualquiera verá como su padre, en el desayuno antes de ir al colegio, pasa rápido las tres primeras páginas del diario. Simplemente un vistazo, un vistazo rápido. Los principales titulares son semejantes a los de ayer o a los de hace tres años. Otros nombres y otro sitio, excepcionalmente las balas pueden no ser del 9 Parabellum, pero el hecho el mismo. —¡Qué terrible que una sociedad, toda ella, sepa de nombres de pistolas y de balas!—. Puede que ese niño escuche durante el día algún comentario. Puede que escuche: «¡Por algo será!». Felizmente también escuchará, cada vez más, el lamento de la tristeza, del hastío ante la barbarie.

Pero sin duda esa muerte, las demás muertes, serán siempre anónimas, y ya no supondrán un sobresalto. Lo más terrible es que ese niño tendrá, por lo menos, la duda más dramática de cuantas pueda ha-

En Euskadi la intolerancia no se percibe sólo por el impacto de la excitación criminal. La violencia invade la convivencia y distorsiona las relaciones sociales.

ber: la de si existen razones para matar. En Euskadi se llega a dudar sobre la legitimidad de la más irracional y salvaje expresión de la intolerancia: el asesinato.

Pero en Euskadi la intolerancia no se percibe sólo por el impacto de su excitación criminal. La violencia trasciende la convulsión del asesinato, del chantaje o del miedo; invade la convivencia y distorsiona las relaciones sociales: la violencia se integra en el día a día y corroe el vivir y la dignidad de cada ciudadano.

Son muchos detalles, pequeños detalles que aisladamente pudieran resultar insignificantes. Es el no poder decir lo que se piensa en voz muy alta y en cualquier sitio; es el no «abrirse» a quien no se conoce; es el de evitar hablar de «ciertas cosas» cuando no se está en plena confianza; es el no ir por «cierta parte» cuando sabemos que habrá «movida»; es, por ejemplo, ver a la puerta de un organismo oficial un cartel, debidamente rotulado en plástico, con un «cerrado por aviso de bomba»; o el no dar una patada a una bolsa de basura: más vale prevenir que lamentar.

La intolerancia y el miedo a sus métodos —el tiro, el abucheo— o la coacción callada de un ambiente, son niveles distintos de un mismo origen, conforman una sociedad en peligro de incomunicación, de bloqueo al mero hecho del conocimiento. La escasa fluidez de ideas, de reflexiones, el reparo a manifestar que se disiente, la necesidad de sentirse «seguro», favorecen la proliferación de «ghettos» de todo tipo, de grupos limitados encerrados sobre sí mismos y en relación también limitada con su entorno inmediato: casi siempre se frecuentan ambientes conocidos y no es fácil entablar nuevas relaciones, más allá del «poteo» o las «copas».

Euskadi padece el cáncer de la intolerancia y, con ello, la libertad, el derecho a la diferencia, el ser y pensar como quera-

mos, se ven limitados. La cronificación del problema del terrorismo, las llagas de una represión terrible durante décadas, los inmensos avances que todavía no conquistan la paz, perfilan los contornos de un pueblo cansado, que genera sus propios «anti-cuerpos», que pelagra de acostumbrarse de vivir «en violencia» y que soporta la tragedia de la radicalización. En Euskadi unos lloran lo que otros aplauden, y la magnitud de la capacidad de corrosión de la violencia se mide en la preocupación de que cada vez seamos menos los que sufrimos siempre; sea quien sea la víctima.

La radicalización agudiza, aún más, la dificultad de las salidas a la situación existente. Euskadi soporta una enorme carga de frustración sobre sus espaldas. Desde finales del siglo pasado, con una rápida y fuerte industrialización que puso en crisis la tradicionalista y rural sociedad vasca, salida de las guerras carlistas; un proceso de autogobierno frustrado por una guerra perdida; tras cuarenta años de dictadura feroz e implacable sobre la libertad y sobre todo «lo vasco», este pueblo todavía no disfruta de la democracia, esta vez conculcada por sus propios fanáticos. Euskadi ha vivido sólo dos guiños de libertad en más de un siglo y hoy siente la frustración de la violencia en el marco de una España libre.

Como consecuencia de su historia y del cronificado pasado inmediato, la sociedad vasca es una sociedad traumatizada y con signos de escisión; pero escisión no sólo entre las dos Comunidades, emigrante y autóctona, componentes de una nueva Euskadi surgida de la industrialización y, tristemente, todavía por construir; sino contradictoria, escindida entre su tradición y conservadurismo profundos, su historia de lucha y la convulsión violenta con estética revolucionaria. La Euskadi de las huelgas generales es la misma que reza el «ángelus» en el frontón los domingos; los terroristas, por algunos llamados

«gudaris», asisten a misa y explotan un santoral alternativo; el cartel más radical se mezcla con el rótulo de la Sociedad Gastronómica sólo para hombres, y se vive una noche trepidante, con un altísimo nivel de seducción, frustrado en una considerable represión sexual acumulada.

En este marco, intolerable, radicalizado, no es extraño que se produzca el fenómeno del subdesarrollo político. En Euskadi se vive todo a flor de piel, con más dosis de emotividad que de razón, en muchos sectores pesa más el corazón que la cabeza, la reacción que la reflexión. Mientras que en el resto del Estado hemos accedido al debate de las ideas, de los proyectos y de los programas, en el País Vasco la pervivencia de la consigna devalúa el contenido de los conceptos y cristaliza el muro apriorístico de la intolerancia. Las consignas del movimiento abertzale son las mismas, o muy parecidas, a las de hace

cinco años y el desarrollo del discurso político está con ello limitado y condicionado por los prejuicios ideológicos.

En Euskadi podemos ver el cuadro de

una sociedad violentada, alterada en lo más profundo de su convivencia, coaccionada en el uso de la libertad y, además, empobrecida.

Sin embargo, la reacción ante la sin razón del terrorismo, la alternativa a la corrosión total de la violencia, la identidad vasca creativa, satisfactoria, frente a la castrante autoafirmación buscada en el rechazo sistemático a lo nuevo y lo distinto, deben de surgir del propio seno de la sociedad vasca, y están surgiendo. Y la alternativa, dispersa y latente, provocadora e irritante, se manifiesta ya, precisamente, en el colectivo más afectado por esta dura realidad: los jóvenes y, en particular, los jóvenes urbanos.

El hastío de la violencia

Ningún joven en Euskadi ha podido conocer que significa vivir en paz. Ninguno

no de nosotros hemos vivido ni tan siquiera un mes sin atentados graves a la paz. Represión, cárcel, tortura, asesinato, chantaje, exilio, son conceptos visualizados, vividos incluso muy íntimamente. En Euskadi, los jóvenes hemos sido, y todavía somos, el principal sujeto, activo y pasivo, de la violencia.

Quienes lo practican hasta el punto de la agresión, desde el empujón hasta el asesinato, suelen ser jóvenes. O empezaron de muy jóvenes.

También somos nosotros las principales víctimas. Y no sólo porque tanto los policías como los etarras sean gente joven, sino porque somos los jóvenes quienes principalmente sufrimos el carácter violento y contradictorio de la sociedad vasca.

En el marco de una sociedad conservadora, con un claro acento intolerante, radicalizada y tendiente a la incomunicación, tensionada en sus relaciones sociales y encerrada en sí misma, se hace difícil que vivamos «a nuestro aire», pasando de tópicos y de uniformismos. Frente a una sociedad que rechaza lo nuevo y lo distinto, muy católica, fundada en la ética del trabajo y asentada en una agradable y cómoda monotonía del vivir, la juventud ha reaccionado como el resto: con el ghetto. Más amplio, más heterogéneo que en el que se proyecta la sub-fragmentación del conjunto, pero, en definitiva, ghetto, es decir, marginación.

Los jóvenes en Euskadi, fundamentalmente la juventud urbana —y en el País Vasco, en concentraciones industriales, de cultura urbana vive la mayoría de la población—, vivimos un sistema de vida particular, entre nosotros, en el que laten los fundamentos más evidentes de la alternativa.

Cunde entre la gente joven la sensación de que todo lo relacionado con la violen-

cia, con el terrorismo, con la represión, con las armas, es un «mal rollo» que no nos lleva a ningún sitio. Después de lo que pareciera hace unos años como un máximo apoyo juvenil a la violencia común, hemos llegado al punto en que cada vez son menos, no sólo los que toman las armas, sino también quienes les apoyan y comprenden. También entre los jóvenes urbanos son cada vez menos los que les justifican.

Entre la juventud vasca, a pesar de que la tensión de la violencia está cotidianamente integrada en la convivencia, se dan relaciones más fluidas y, sobre todo, comportamientos rupturistas para con el asfixiante estado de las cosas. Los jóvenes en Euskadi no nos miramos hacia nosotros para autoafirmarnos en nuestra condición y en nuestra diferencia. Cultura Vasca es la Txalaparta y también el rock. Se mira al extranjero y hacia el resto del Estado con ganas y sin recelos; se intenta viajar y moverse; se recupera el sentido y la práctica de la tolerancia, la calle, la noche, las copas; los canutos unen, por lo menos juntan, a la gente de muy distinto credo, apreciándonos tal como somos, o por lo menos no despreciándonos *a priori*; a pesar de padecer una discriminación lacerante, las mujeres han alcanzado un nivel de consideración y un rol desconocido para las generaciones anteriores; las relaciones sexuales son, entre los jóvenes, más y mejores que antes, provocando el desconcierto de la conservadora sociedad vasca.

Es entre la juventud vasca en donde con más nitidez se percibe la recuperación de la comunicación colectiva y, en medio de una sociedad angustiada y cansada, es «la movida» quien aporta una referencia lúdica: los conciertos de rock o los festivales de jazz, la enorme cantidad de grupos,

la intensidad de la vida de noche, el deporte, «las pasadas» de las fiestas, son simples ejemplos de algo sumamente importante para concebir que la juventud

**Ningún joven en Euskadi
ha podido conocer qué significa
vivir en paz.**

**La juventud es el principal sujeto,
activo y pasivo, de la violencia.**

puede ser el principal soporte de recuperación de la sociedad vasca: de un tiempo a esta parte la gente joven en Euskadi está optando, y está optando por VIVIR.

La necesidad de reconstruir la esperanza de un trabajo que se lo permita acentúa los potenciales alternativos de los jóvenes en Euskadi.

Quiere desterrar el fantasma de esa coacción latente, de ese riesgo, de la mala noticia siempre posible; quiere vivir según cada cual queramos, sin uniformismos, ni imposiciones, ni prejuicios, ni catalogaciones esquemáticas e intolerantes.

Y para ello es preciso erradicar la violencia de la sociedad vasca, comenzando por dar fin al fenómeno terrorista. De continuar éste, no nos será posible superar la intolerancia, el miedo, la tensión y la falta de libertad. Además, o se termina el terrorismo, o los niveles de marginación extrema de sectores de la juventud vasca, cada vez mayores, se irán progresivamente multiplicando.

El clima de violencia, el terrorismo, el chantaje han empobrecido Euskadi. Los porcentajes de desempleo juvenil son los más altos del Estado. Se puede hablar de paro juvenil masivo. Si en Euskadi el nivel de marginación de la juventud es alto ya de por sí, la desesperación del joven sin trabajo, sin dinero, sin posibilidades de montarse su vida, o la angustia general del desempleo, casi inexorable, conducen a extremos trágicos, como el del consumo de heroína —según las encuestas, superior porcentualmente a Amsterdam o Nueva York—. El «caballo» galopa a rienda suelta, presentándose como el más peligroso enemigo de una generación. A los muertos en la locura terrorista, hay que añadir los muertos por sobredosis. Las proporciones del consumo de drogas duras en Euskadi, entre los jóvenes, constituye una escandalosa referencia del nivel de marginación, desarraigo y desesperación de muchos jóvenes vascos.

Si la reacción de la juventud viene dada por la necesidad de vivir, de soltarse la opresión y la tensión de encima, la necesidad de reconstruir la esperanza de un tra-

bajo que te lo permita acentúa los potenciales alternativos de los jóvenes en Euskadi.

Sin embargo, la expresión pública del rechazo a la violencia todavía no se ha articulado. Late, se percibe, se manifiesta en comportamientos y actitudes individuales, de grupo, de ambiente, y de manera heterogénea y espontánea. Alcanza incluso, en ocasiones, carácter de movilización en la que brota un primario y cansado ¡YA BASTA! La vivencia de lo que no nos gusta encuentra en la violencia una referencia inmediata y la hace objeto de nuestro rechazo.

La reacción no-violenta emerge como exigencia superadora de una sociedad traumatizada, frustrada y dividida. La no-violencia, como reivindicación y como ética cotidiana, está siendo practicada por múltiples colectivos y organizaciones y, lo que es fundamental, es sentida cada vez por un mayor número de ciudadanos y por la mayoría de la juventud.

O todos o ninguno

Como decíamos al comienzo, muchos son los enfoques necesarios para analizar el problema «vasco», sus consecuencias y sus alternativas.

Podríamos haber hablado del terrorismo como del principal problema de la democracia y la libertad; de cómo aislarlo; de lo positivo de las reinserciones de ex etarras; de lo que nos parece el plan ZEN; de la correlación de fuerzas políticas en Euskadi o de quién puede ser el próximo Lendakari.

Aunque todo ello es importante, imprescindible para percibir y apuntar en las salidas del agobio, pensamos que son factores contingentes sobre el problema decisivo: la sociedad violentada, traumatizada, que necesita reconstruirse en la no-violencia y la libertad.

Para nosotros es éste el principal problema y debe, como tal, ser afrontado. Euskadi no conoce la paz desde hace más de un siglo, y la convivencia en libertad, el hecho simple de respetarnos entre nosotros, está claramente cuestionada.

Y los vascos no sólo deseamos la paz sino que la necesitamos con urgencia. Necesitamos poder ser nosotros, cada cual tal como es, respondiendo a nuestros propios deseos, pudiendo libremente elegir el futuro.

La juventud vasca es el sector más agobiado por la violencia y más necesitado de su solución. En la juventud late el ejercicio del derecho a la diferencia como reacción ante la intolerancia y la uniformidad. La reacción no-violenta expresa la voluntad de poder ser diferentes, reconociéndonos en nosotros mismos, sin dejar que la violencia someta, una vez más, nuestras sensibilidades y aspiraciones, nuestras reivindicaciones y voluntades. La alternativa frente a la Euskadi violenta, puede surgir entre los jóvenes con más facilidad que en ningún otro colectivo: la nueva Euskadi, síntesis entre los emigrantes y lo autóctono, se da ya entre la gente joven: en las tierras castellanas, extremeñas, andaluzas o gallegas, así como el ruralismo vasco, el caserío, quedan atrás las generaciones anteriores. De origen emigrante o vasco, los jóvenes hemos crecido juntos, compartiendo el pupitre y la calle, con una vivencia semejante.

Es preciso abrir la sociedad vasca al mensaje no-violento y tolerante de la juventud, superando las cristalizaciones in-comunicativas y mirando hacia la reconstrucción de una sociedad libre que permita afrontar el futuro con esperanza. Eus-

kasdi necesita reconstruirse, como sociedad, en paz, arrimando el hombro todos los vascos, todos, dispuestos a respetarnos y a querernos pensando de manera distinta.

Nacionalistas y no nacionalistas tenemos un reto común: reconstruir la sociedad vasca. Ante esto los problemas específicamente políticos, las diferencias de planteamientos, deben tener carácter accesorio y no deben ser nunca motivo de confrontación.

No podemos enfrentarnos los vascos que estamos dispuestos a entendernos por la vía del diálogo, desterrando la muerte, el miedo y la incertidumbre de nuestra tierra. Es preciso reconstruir una sociedad, con todo lo que eso significa y eso o se consigue entre todos o todos lamentaremos su completa destrucción. El ejercicio del pluralismo debe de serlo desde el respeto y la cooperación entre todos contra la violencia en la que nos desenvolvemos cotidianamente.

Mucho hay que superar, la radicalización y el cansancio ante la «no salida» son nuestro peor enemigo. Hay que extender la idea de que es posible vivir en paz, de que Euskadi tiene sentido en tanto y en cuanto podamos ser libres y felices, y de que para ello es preciso que nos unamos todos. No importa de qué partido seamos, ni que Lendakari tengamos en Ajuria-Enea.

O reconstruimos Euskadi entre todos y hacemos desaparecer, codo con codo, el cáncer de la violencia, o nuestra sociedad, nuestro pueblo, seguirá viviendo la frustración y el sin sentido de tanto sufrimiento.